

# *Proyecto Eternidad*

*Oscar Toledo Gutiérrez*



# Proyecto Eternidad

Óscar Toledo Gutiérrez

## **Proyecto Eternidad**

Copyright © 2010 Óscar Toledo Gutiérrez.

ISBN: 978-1-71689-777-1

Twitter oficial: **@historiasmini**

El autor recibirá con agrado sus comentarios en su dirección de correo electrónico: [biyubi@gmail.com](mailto:biyubi@gmail.com)

Primera impresión en 2020.

Portada: astronaut-2791731 por adelind de Pixabay.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A pesar de que se han tomado precauciones en la elaboración de este libro, el autor no asume ninguna responsabilidad por errores u omisiones, o por los daños que resultaran del uso de la información contenida en este libro.

*Dedicado a mi amada esposa Rosa Nely y nuestras  
pequeñas hijas Myriam Sofia y Samantha.*

*Para Cecilia y Adán, ahora pueden leer mi libro.*

*Para Elisa, sigue sonriendo.*

*Para mi padre y mi madre, gracias por todas sus  
enseñanzas.*



# Contenido

1.....	1
2.....	5
3.....	9
4.....	13
5.....	17
6.....	21
7.....	25
8.....	29
9.....	33
10.....	37
11.....	41
12.....	45
13.....	49
14.....	53



# 1

Bernardo admiró los verdes prados que se extendían frente a él, cubiertos por el cielo azul cristalino, y aquellas nubes de algodón, grises y blancas. Sintió el ligero viento en sus sienes, a través de sus cabellos, llevando el pálido aroma del pasto fresco, y a veces la breve fragancia de las margaritas.

Bajando la colina comenzaba una floresta que ocultaba una casa de madera, y por sobre las copas de los árboles se distinguía una columna caprichosa de humo que venía de la chimenea.

Sin apresurarse descendió por la pendiente, el murmullo de un riachuelo adornaba el silencio. Se inclinó y cortó una rosa salvaje que crecía justo a la orilla del sendero, aspirando con fruición su olor.

Al poco rato alcanzó la floresta. A cada paso abandonaba el sendero para tocar la corteza de los árboles, fría y rugosa, buscando los agujeros hechos por los pájaros y los gusanos, disfrutando cada arruga.

Acomodó la rosa en una rama bifurcada y se inclinó sobre el suelo para observar a una hormiga llevando una hoja.

–Me agradas pequeña –murmuró con una sonrisa casi infantil.

Luego se dejó caer y se dio vuelta para mirar el follaje que oscurecía el cielo. Pero, la casa... por supuesto que tenía que ir a la casa.

Se levantó despacio y se sacudió las ropas, la camisa y el pantalón vaquero, las botas de piel. Se arregló un poco el cabello. Tomó la rosa y siguió el sendero, sin darse prisa, esto no era algo de todos los días, había viajado por el mundo, había aprendido a



controlar cada sentimiento y cada pasión, pero aún así se sentía ansioso.

Atardecía cuando vio por primera vez la casa, era exactamente como la recordaba. Una lágrima quiso asomar a sus ojos y se contuvo; no iba a echar a perder este momento perfecto.

Iba a mitad de camino hacia la cabaña cuando ella abrió la puerta, llevaba una escoba y no parecía haberlo visto, iba a barrer cuando levantó la vista y lo descubrió, sus ojos cambiaron de tristeza a sorpresa, y luego a alegría, entonces dejó caer la escoba y ambos corrieron para encontrarse.

Ella lloraba de alegría.

—¡Bernardo! —tenía la voz entrecortada— ¡Volviste!

—¡Gisela! —él también estaba contento, colorado, haciendo un gran esfuerzo para no llorar.

Le limpió las lágrimas a ella.

—No hay porqué llorar —le dijo, ella asintió sin poder hablar, se le habrían saltado las lágrimas de nuevo.

Entraron abrazados a la casa, antes de cerrar la puerta, Bernardo levantó la escoba y la recargó en la pared.

Dentro todo era como lo había visto en sus memorias desde siempre, la casa era pequeña y acogedora, los dos sillones, la chimenea, el estambre, la cocina, y un olor a pastel inundaba el ambiente.

—Siéntate —le dijo ella y corrió a la cocina.

Bernardo se sentó y fue casi como el sillón lo abrazara, el calor de la chimenea lo envolvió y hasta ese momento se dio cuenta de cuán frío era el bosque, sonrió, siempre era así en principios de primavera.

Ella volvió pronto con un café y pastel que le ofreció. Bernardo saboreó el fragante café, masticó gozoso cada pedazo de pastel, mientras ella lo contemplaba feliz.

El viaje había sido largo, Bernardo estaba cansado, se sentía dormir abrazado por el dulce ambiente.

–Estarás más cómodo arriba –dijo Gisela–, fue un largo viaje después de todo.

–Cierto –sonrió Bernardo, se levantó perezosamente del sillón y juntos subieron las escaleras hasta el dormitorio.

Se dejó caer en la cama, sí, era tan mullida como la recordaba, el olor a jabón, la ventanita que dejaba ver el ocaso, las almohadas de pluma. Ella reapareció con una pijama, traviesamente desabotonada del pecho, dejando ver las curvas de sus sanos pechos.

–Te he extrañado tanto –musitó Bernardo, entonces se besaron y... sucedió.

El módulo Eternidad-73 orbitando a 70 kilómetros sobre la superficie de la Tierra, fue impactado por un micrometeorito, o tal vez fuera un resto de basura espacial, ninguna diferencia habría hecho. La fuerza del impacto creó un gigantesco agujero, chispas que se combinaron con algunos escasos rastros de oxígeno y explotó el motor que lo mantenía en órbita.

Dentro del módulo Eternidad-73, en estado de hibernación, Bernardo no pudo darse cuenta de nada, seguía soñando, el mismo sueño que tenía desde hacía 12 años, el mejor de todos sus sueños. Posiblemente abrió los ojos unos breves instantes para sentirse abrasado por las llamas, luego el módulo explotó y cayó a pique hacia la Tierra, donde se incineró antes de siquiera tocar la superficie.

Fue lo mejor que le pudo haber pasado.



# 2

Estaba seguro de que había soñado algo, pero no podía recordarlo, el maldito bip le impedía concentrarse. Esteban miró el panel de vidrio cubierto de vapor que lo separaba de la computadora y vio la pantalla.

«Eternidad-47. Activación después de...», no alcanzaba a ver la cifra, volvió a maldecir interiormente. ¿Qué hacía aquí? Tampoco lo podía recordar. Su mente estaba demasiado lenta.

Arrugó la frente en un intento por ordenar sus pensamientos, quiso soltar una grosería, era imposible, tampoco podía hablar. El miedo quiso buscar una vía, sin embargo él no lo permitía, nunca había dejado de luchar, nunca desde... ¿Cuándo? También saldría de esta.

Un sorpresivo zumbido del panel de vidrio al levantarse y dejar ver la estrecha habitación. Con un esfuerzo supremo Esteban se sentó, entonces notó que estaba desnudo. Frente a él estaba un uniforme empacado.

Su cara tenía rasgos agradables, era esbelto, cabello negro corto, ligeramente musculoso, moreno y tenía mucho frío. Se levantó con las piernas flaqueando y se vistió, luego con los ojos tranquilos echó un vistazo a la pantalla de la computadora, ahora podía ver el mensaje completo.

«Activación después de 27 años, 4 meses, 3 días. [Aceptar]», picó la pantalla con un dedo. Apareció en la pantalla un hombre de uniforme, rostro grande y rudo, con una cicatriz en su frente, le pareció vagamente familiar.

–Soy el general Omega –dijo–. Comandante Esteban, condenado a cadena perpetua en el módulo Eternidad-47. Se le ha despertado porque se requieren de sus servicios, es una emergencia, deberá usar toda la fuerza a su discreción. El equipo de combate está a bordo, equípese y vuelva a la cámara de hibernación tan pronto como le sea posible. Esperábamos no tener que usar esto nunca. Cambio y fuera.

La imagen desapareció. La pantalla mostró un mensaje «Equiparse y volver a cámara. Urgente». Una compuerta se deslizó, revelando una armadura de combate y un rifle de plasma. Al ver esto, Esteban recordó vagamente entrenamientos militares, se sentía muy estúpido.

Como un autómatas se colocó la armadura y finalmente el casco, tomó el rifle y lo activó, la barra de energía en incremento le infundió una extraña confianza. Después obediente volvió a la cámara de hibernación y se acostó. El panel de vidrio se cerró, una plancha metálica bajó del techo y lo empacó en una cápsula, el piso del módulo se abrió y reveló el espacio. La cápsula comenzó a bajar muy despacio, atraída por la fuerza de gravedad de la Tierra.

En el interior, Esteban no podía ver nada de lo que sucedía, excepto por un pequeño aviso que corría por su derecha en letras pequeñas: «Iniciando reentrada».

La cápsula se había alejado algunos metros, tenía una forma ovoide. El metal corroído tenía rastros de su brillo original. Se oyó un golpe metálico y se encendieron unos propulsores que la guiaron.

Al poco tiempo entró en la atmósfera y la fricción enrojeció el metal de tal forma que el interior alcanzó altas temperaturas, pero la armadura de Esteban lo protegía con su aislamiento térmico.

La caída fue rápida, cuando faltaban unos pocos kilómetros para impactar, se abrieron paneles metálicos alrededor de la cápsula y surgieron unos pequeños cohetes que redujeron la velocidad. Aterrizó con parsimonia en un quemado claro.

La parte media se abrió como una puerta doble al tiempo que el panel de cristal se alzaba también. Esteban pudo ver el desolador panorama, hasta donde se extendía su vista todo estaba destruido, ennegrecido y quemado, restos de edificios, enormes agujeros.

Por momentos sentía que su mente se aclaraba, dio un brinco y bajó de la cápsula, analizando el terreno, no sabía que hacer, ni a donde ir. La debilidad de sus músculos lo hacía sentirse indefenso.

Se acuclilló, respirando profundamente. Vio algunas rayas luminosas en el cielo, debían ser más cápsulas.

«¿Comandante Esteban?», se preguntó, «debo ser yo, el mensaje era para mí»

Aspiró y espiró, tratando de enfocar su cerebro, las conexiones neuronales al fin empezaron a funcionar con normalidad, eso ya era algo, aunque no lo recordara todo, estaba comenzando a sentir que era él mismo.

Tenía hambre, volvió a la cápsula a examinar los paneles. Encontró un pequeño cajón donde estaban las raciones, tomo una de las pequeñas cajas metálicas, y la insertó justo debajo del casco, un popote surgió y pudo sorber el nutritivo líquido.

Miró los datos que aparecían en su casco. Oprimió un botón en la muñequera de su armadura.

–Soy el comandante Esteban –llamó por el radio y estaba seguro de eso–, estoy en el punto 23-54-87, no hay movimiento. ¿Hay alguien ahí? Debemos reunirnos para decidir que hacer.. Yo... no estoy seguro de que pasa aquí.

Le pareció que nunca se había sentido tan desvalido.



# 3

Cuando Pedro salió de la cápsula se sintió desbordante de alegría. Era libre de nuevo y una armadura y una poderosa arma, era el momento de la venganza. Su enorme estatura y musculatura eran apenas contenidos por la armadura, su cabeza pelada por completo, sus ojos y labios eran ciertamente amantes de los excesos.

Pero al echar un vistazo a los alrededores y ver aquella planicie desolada de piedra fundida, supo que el mundo como lo conocía había desaparecido, eso enfrió su entusiasmo.

Sin embargo su mente concibió inmediatamente nuevos planes, si esto era así, él sería quien dominaría. Sonrió, su cara habría aterrorizado a quienquiera que lo viera, si alguien pudiera haberlo visto.

–Soy el comandante Esteban... –escuchó en el radio.

No era el momento de estar solo, ahora requería a la sociedad, buscaría a más que pensarán igual. Era un mundo lleno de oportunidades, solo había que aprovecharlas.

Tomó sus provisiones y se fue a buscar al tal comandante Esteban, comandante o no, sabría como intimidarlo si no se apegaba a sus designios.

En alguna otra parte, Ofelia descendió de su cápsula, su coleta de cabello castaño le llegaba a los hombros, su piel era sonrosada, y sus ojos fríos trataban de ocultar la calidez desatendida de su corazón, mediana estatura y movimientos decididos. Vio el desastre que la circundaba y comenzó a buscar canales de los mandos, no le tomó mucho tiempo darse cuenta de que la radio estaba muda.



«¿Qué hago?», se preguntó a sí misma, condenada a cadena perpetua, no entendía porqué ahora estaba nuevamente en el planeta Tierra, armada para una batalla.

El mundo era monocromo, el cielo estaba nublado y gris, el suelo estaba ennegrecido y brillante, a lo lejos se distinguían los perfiles de edificios derrumbados.

Sentía la soledad pesar sobre ella, nunca le había gustado estar sola, necesitaba alguien a su lado, ese era su gran defecto y ella lo reconocía, pero eso no había evitado que se reuniera con gente y entonces la condena... Meneó ligeramente la cabeza para sacudirse esas ideas que la entristecían.

Iba a llamar por el radio cuando escuchó una voz en su receptor.

–Soy el comandante Esteban...

Era una voz masculina bien modulada, se sintió arrobada al escucharla y luego enrojeció de vergüenza, al darse cuenta de que en alguna parte, alguien o algunos necesitaban que los salvaran. Decidió que por el momento se uniría al comandante Esteban, estar en grupo era lo mejor.

Al mismo tiempo en las profundidades de la Tierra, en una cueva subterránea abovedada minuciosa y pacientemente, sellada contra cualquier intruso, dormitaba después de su cena, el tiempo se alargaba indefinidamente y había tenido que protegerse, descansar, la comida se había agotado hacía mucho tiempo. La oscuridad no era un obstáculo, a pesar de estar durmiendo, «veía» a su alrededor continuamente, las ratas y cucarachas que aparecían de cuando en cuando, tan pequeños que no valía la pena molestarlos en cazarlos.

Podía resistir muy largo tiempo, milenios si era necesario, ese concepto no existía en su pensamiento, no era impaciente, solo quería vivir y reproducirse, y aún no tenía suficientes reservas de energía.

En las tibias tinieblas se amodorraba cómodamente, pero ahora algo había cambiado, una presión ínfima ¿era un temblor

de la tierra? ¿o un movimiento del terreno? No, todos sus sentidos se aguzaron, ahora había más de aquellos micropasos.

Se entusiasmó, eran varios, se sentían pesados, debían ser aquellos seres con caparazón. ¡Cómo disfrutaría abriéndolos! Estaban en varias partes, se estaban agrupando, eso simplificaba enormemente las cosas.

Debía tener cuidado, todos los suyos habían muerto por falta de precaución ¡tontos y descuidados!, se habían engolosinado con aquel enorme rebaño de carne, pero el calor brillante era malo, se lo decía aquella parte de su cuerpo que se había quemado y estaba en proceso de curación, ahora sabía que era conveniente esconderse detrás de objetos grandes, después de eso había huido bajo tierra y se había atrincherado.

Ninguna novedad desde entonces, ahora nuevamente el alimento estaba esperándolo. Sus sentidos comenzaron a despertar, ávidos, su saliva goteaba deseosa de alimento.

Comenzó a remover la tierra, haciendo un túnel, los vigilaría hasta que fuera el momento adecuado, se aseguraría de no dejarse ver antes de tiempo, y entonces probaría su carne. Tendría mucho cuidado.

Solo un poco más y sus reservas serían suficientes para tener descendencia y volver a reinar sobre la superficie, para siempre.



# 4

Miguel siempre había detestado el ejército, joven de media estatura, complexión media, calificaciones medias, era mediocre, había muchos malos elementos debajo de él y muchos buenos encima, así que siempre pasaba desapercibido.

La cadena perpetua le resultó inesperada ¿porqué se preocupaban de que había robado un cargamento de platino? ¿acaso no había mucho en toda la galaxia? Aún no alcanzaba la plena madurez, quería gozar de la vida en compañía de algunas chicas, ¿el fiscal las llamaba suripantas?, el jurado no entendió sus puntos de vista y le dio cadena perpetua por el agravante de haber matado a 120 pasajeros del carguero espacial.

Ahora había vuelto «Ya veremos quien se reirá de quien», pensó, ahora estaba al mando de una pequeña tropa, todos mediocres igual que él, se sentía realizado pues lo habían escogido comandante, así que aquí estaban Tomás, Gonzalo, Luis y Juana, con la cual tenía una ligera ventaja, pues al ser el líder, ella automáticamente lo había visto como un buen partido para distinguirse de su mediocridad. A Miguel le gustaba la pálida tez de Juana y sus ojos azules.

Cómo nuevo líder de la pequeña banda, tenía que tomar una decisión, así que se colocó en una pose pensativa (lo cual ya era mucho decir, pues era difícil que pasara algo por su cabeza) que hizo que todos los demás quedaran completamente seguros de haber escogido un buen líder.

Miró a su alrededor, revisó las cápsulas, hizo algunos «hummm» y entonces se dirigió a su grupo, con sus gestos cuidadosamente controlados para que nadie se diera cuenta de que no tenía ni la más mínima idea de lo que iba a hacer, excepto

que en el momento distinguió en el horizonte la punta de un edificio destruido.

–Será mejor que busquemos un punto para acampar –dijo y señaló al palo lejano–, después tomaremos otras decisiones importantes.

Y recalcó la S de importantes, entonces se pusieron en marcha. Después de sortear los numerosos desniveles del terreno, los cráteres quemados, y observar algunos huesos humanos quemados, a los que no pusieron mucha atención, llegaron finalmente al edificio que parecía ser los restos de una enorme torre militar.

Solo quedaba en pie un pedazo de la estructura, una esquina con un techo que alguna vez fue el primer piso, lo demás se había perdido, como todo lo demás estaba ennegrecido.

–Tiraron muchas atómicas –observó Gonzalo.

Miguel se ofendió inmediatamente, como líder, él era quien debía hacer las observaciones, sin embargo se defendió con elegancia.

–Justo eso iba a decir –tomó nota mental, Gonzalo amenazaba su puesto.

–Nos protegerá de la lluvia –murmuró Tomás–, creo que deberíamos acomodar algunos escombros para formar una pared en caso de viento.

–Pero vaya chicos –dijo Miguel fríamente–, parece que me han leído la mente. Empiecen a hacer esa pared –otra nota mental de Miguel, ahora estaba seguro de que era un complot de Gonzalo y Tomás.

Luis, Gonzalo y Tomás se fueron a buscar los elementos necesarios para proteger su nuevo centro de comando.

–Eres un gran líder –dijo Juana, pero ni siquiera hizo amago de ir a ayudar, estaba segura de que Miguel no la iba a hacer trabajar. Y era cierto, Miguel ya escogía la parte más cómoda y alejada para quedarse con Juana, alejados de los demás.

–Por supuesto lo más importante –habló Miguel–, medir los niveles de radioactividad.

Activó la muñquera de su armadura y observó las mediciones en su casco.

–Pero ¡que suerte! –dijo Miguel ante la mirada interesada de Juana–, no hay ninguna radioactividad, por lo tanto podemos dormir sin las armaduras, la temperatura está en unos aceptables 24 grados, por si algunos quieren dormir más ligeros.

A esto último trató de darle un aire de lo más seductor y Juana trató de hacer su mirada más sensual, ambos de la forma más torpe posible, no obstante ninguno de los dos cayó en la cuenta, porque eran tal para cual.

Los demás llegaron cargando algunos ladrillos y fragmentos de concreto adecuados para construir la pared, las armaduras les permitían llevar cosas muy pesadas.

Luis se acercó a Miguel después de acomodar parte de la pared.

–Comandante Miguel –le dijo–, solicito permiso para buscar más agua y viveres.

Otra vez desagradablemente sorprendido, Miguel contestó.

–Muy bien soldado, demuestra tener iniciativa, pensaba que deberíamos descansar antes de hacerlo, pero puede comenzar su búsqueda.

–Gracias comandante.

Ahora el complot era de tres, «malditos», pensó Miguel, «siempre tratando de opacarme».



# 5

–No hay nada aquí –observó Ofelia, mirando el desolado paisaje que se había vuelto cotidiano, habían explorado mucho terreno sin resultados.

Pedro la miraba con lujuria, con ojos brillantes, de arriba a abajo, tratando de imaginar el cuerpo femenino debajo de la armadura. Ofelia fingía no darse cuenta, no estaba entre sus planes una pelea entre compañeros. Mientras tanto Esteban parecía estar en otro mundo y canturreaba entre dientes.

Ofelia miró a Esteban, le agradaba el rostro tranquilo, era una lástima que no estuviera «conectado», lo más sorprendente fue que era un comandante, ella esperaba más de un personaje de alto rango.

–¿Qué hacemos comandante? –preguntó Ofelia a Esteban. Pedro se rió.

–¿Acaso estás loca? –dijo Pedro dando tres manotazos al casco de Esteban, que pareció no darse cuenta-. ¿No ves que está ido? Yo soy el comandante, soy el siguiente en rango.

–Bien –respondió Ofelia molesta–, entonces ¿qué sugieres, «comandante»? –y lo dijo con un dejo irónico.

–Recapitulemos –dijo Pedro, quien desde un principio al ver la escasez de personas, había abandonado sus planes de dominio–. Teníamos alimento suficiente para un mes, pero ya ha pasado una semana, no hay señales de radio del comando central, ni tampoco de otros grupos, no hemos hallado edificios intactos, ni rastro de suministros... Sin alimento y agua, estaremos acabados en un mes, la raza humana se habrá extinguido, así que...



Pedro se acercó a Ofelia, tomándola por la cintura metálica.

–...¿por qué no disfrutamos un poco?

Ofelia lo separó bruscamente y lo miró con desprecio.

–Eres un idiota.

–Bueno, lo intenté, estoy seguro de que cambiarás de opinión cuando estemos cerca del final. ¿Cuántos hombres ves por aquí?

–No eres el único –estaba indignada.

–¿Piensas que este pedazo de tonto te puede hacer el favor?, ¡por favor! si no se reconoce a si mismo... Bueno, a partir de ahora lo cuidaré, no sea que quieras abusar de él.

Pedro se volvió a reír. Ofelia miró para otro lado.

El viento soplaba ligero sobre ellos, arrastrando el polvo oscuro que cubría la superficie, el cielo seguía nublado, la tierra negra surcada por resto de árboles petrificados, era una escena deprimente para Ofelia, que recordaba los enormes prados verdes de antaño, los grandes árboles llenos de jugosos y sabrosos frutos.

–Ahhh –murmuró Esteban. Ofelia y Pedro pusieron atención, habían notado que después de decir eso parecía volver a la realidad y decir algunas cosas coherentes.

–...claro... –siguió Esteban–. Sin sol las baterías de los retransmisores están agotadas, necesitamos baterías.

Y volvió a su mutismo.

–¿Qué diablos quiso decir? –preguntó Pedro.

–¡Los retransmisores!, claro –dijo Ofelia recuperando algo de entusiasmo–. Hay retransmisores por todo el planeta, los transmisores de nuestras armaduras no son suficientemente potentes, con los retransmisores podemos encontrar gente que esté lejos.

–Bien, ¿y cómo vamos a encontrar un retransmisor?, ya no digamos baterías.

Ofelia meditó un instante.

–Las bodegas subterráneas, no todo pudo ser destruido, debe haber en alguna parte una bodega con equipo de reserva, y tenemos que encontrar un centro de comando.

–Ya revisamos cuatro ciudades... estamos fritos.

–Sigamos, tal vez en la quinta o sexta.

Ofelia comenzó a andar, Pedro a pesar de su escepticismo no iba a quedarse ahí, y Esteban los siguió, dejando huellas en el polvo, que pronto fueron borradas por el viento.



# 6

Luis estaba contento, se había liberado de su cadena perpetua a los dos años por esta extraordinaria casualidad, era una lástima que todos estuvieran muertos, seguro él también moriría, era casi una certeza, aún así trataría de vivir el mayor tiempo posible.

No se vanagloriaba de los crímenes que había cometido, en su momento le pareció que era víctima de las circunstancias, pero ahora todo era muy claro, había arruinado su vida de la forma más estúpida posible.

Ahora tenía muchas dudas, la primera y más grande era ¿cómo había desaparecido una población de veinte mil millones de personas? ¿y las colonias? ¿qué había sucedido?

No había información, los cascos no detectaban señales biológicas, no captaban radio y un soldado sin órdenes era como un niño sin sus padres.

Todo esto lo pensaba mientras removía escombros, en busca de sótanos que hubieran sobrevivido al ataque nuclear, por el estilo sabía que eran de las bombas perfeccionadas para no dejar rastro de radioactividad, y por la forma de ataque parecía que el mismo ejército había atacado sus propias ciudades, lo cual era extraño, muy extraño.

Tras una tarde completa moviendo escombros, en un hueco respetado por los derrumbes encontró una batería en perfecto estado de un retransmisor, miró los restos de la máquina, suspiró, si funcionara podría comunicarse por todo el planeta e incluso reactivar otros transmisores irradiando energía.

Decidió conservar la batería, abrió un compartimiento de su armadura y la guardó, sería su secreto, por lo menos hasta ver que pensaban los demás.

Los huesos, ¿por qué había tantos huesos desperdigados?, no era el estilo de la bomba, deberían encontrarse esqueletos completos o fragmentados, pero ¿huesos sueltos?, tal vez algún animal los había dispersado.

Tomó un hueso y lo observó, era una tibia, estaba quemada, esto era raro... sí, muy raro... parecía mordisqueada, y las huellas de las mordidas estaban negras, lo cual implicaba que la bomba había estallado después de que el hueso hubiera sido masticado.

Cogió otros huesos y los miró, casi todos tenían marcas similares. ¿Algún animal había atacado la ciudad? ¿tal vez demasiados? ¿tan peligrosos para ser atacados con bombas atómicas? ¿qué clase de animal era tan poderoso que no podía ser detenido por soldados de infantería?

Un bip en su sensor de movimiento, soltó el hueso y giró apuntando con su arma. Era Gonzalo. Suspiró y bajó el arma.

–¿Qué pasa Luis? –preguntó Gonzalo–. Te noto algo nervioso.

–Nada. De verdad, nada.

–¿Encontraste algo?

–Los restos de un retransmisor.

–Lástima, todo este maldito lugar está muerto. Debemos movernos, aquí no hay agua ni alimento.

–Tienes razón... Creo que Miguel no tiene ni una maldita idea.

–Cierto, desde que llegamos se ha dedicado a copular con Juana.

–Por lo menos tiene con quien.

–Será mejor que hablemos con él, algo me dice que debemos seguir en grupo. ¿Viste los huesos?

Luis se encogió de hombros.

–Nada importante, hablemos pronto con Miguel –dijo–. ¿Dónde está Tomás?

–Está revisando las afueras.

–Vamos a buscarlo, antes de que anochezca.

Encontraron a Tomás examinando una carretera.

–¿Algo nuevo? –preguntó Gonzalo.

–Solo algunos rastros de bloqueos –dijo, mostrando unas señales claras en la carretera–, cerraron la ciudad, los quitaron después del bombardeo, parece que la revisaron y se dieron por satisfechos.

–¿Y eso de que nos sirve? –inquirió Luis, esperando que no fuera una pregunta tonta.

–Eso es lo mejor –sonrió Tomás–, tuvieron que haber puesto un centro de comando temporal, o tal vez haya una base militar cerca. Debe haber suministros.

Se miraron sonrientes.

–Es la mejor noticia que hemos recibido esta semana –observó Gonzalo–. Vamos a buscarla.

Miró al cielo y las indicaciones de su casco.

–Apuremonos, obscurecerá en dos horas.

–No creo que Miguel y Juana nos estén esperando –dijo Luis.

–En realidad nos necesitan más de lo que nosotros a ellos.



# 7

Era la séptima ciudad que habían encontrado, llevaban dos semanas en la superficie. Sólo muchos huesos quemados, sueltos, era muy extraño. Los sótanos parecían haber sido purgados, las puertas removidas aparentemente antes del bombardeo, pues el interior estaba quemado.

Todos los pisos se habían derrumbado en una columna sobre los edificios adyacentes, por un milagro de la casualidad se había conservado la planta baja casi intacta, si se tomaba en cuenta que ventanas y puertas estaban destrozadas.

Ofelia y Esteban estaban sentados juntos en una orilla, y Pedro estaba parado recargado en una columna, silenciosos, no tenían mucho que decir, sentían que la soledad del mundo se les venía encima, estaban deprimidos y aún así no lo admitían, cada uno luchaba a su manera.

Ella tenía ganas de decir algo, miró a Esteban, le habría gustado platicar algo con él, pero seguía ido, viendo sin ver delante suyo. No había más remedio.

—¿Por qué te condenaron a cadena perpetua? —le preguntó a Pedro, no tenía que gritar, todo pasaba por el comunicador, desde un principio habían acordado no quitarse los cascos, no confiaban en el rastreador biológico.

Pedro la miró. Ofelia estuvo a punto de arrepentirse, «seguro que va a empezar nuevamente con sus insinuaciones», pensó. Por un instante en el transcurso del tiempo Pedro era una persona.

—¿De verdad quieres saberlo? —reviró.



Ella asintió, algo reconfortada por el cambio de tono. Pedro desvió la mirada a otra parte, suspiró.

–Me enviaron a explorar un planeta –comenzó lentamente–, no era la gran cosa... una misión que había realizado cientos de veces... descubrí una especie de homínidos primitivos, con una metalurgia en sus inicios... y bueno, tenían una gran cantidad de minas de oro... nunca jamás se me había ocurrido, y bueno, la idea pasó por mi mente y lo hice...

–¿Qué cosa? –preguntó ella.

–Cuando descendí en mi nave me creyeron un dios, y abusé de mi posición, les hice saber que debían entregarme una tonelada de oro o los mataría, al principio no me creyeron... es más, quisieron rebelarse... ¿qué podían hacer unos primitivos contra un rifle de plasma? Maté unos dos mil antes de que se dieran por enterados...

Ella hizo una mueca de desprecio y él lo notó.

–No creo que tú seas una santa... Reporté el planeta como deshabitado, y volví varias veces a recoger oro, abusé de las chicas nativas... nacieron algunos centenares de monstruos deformes, algo de genética incompatible... Hice muchas cosas horribles... De alguna forma se enteró el comando central, mandaron a un fiscal, me deshice de él... Al final me atraparon... Tuvieron que volar el planeta, según parece afecté totalmente la psicología evolutiva y arruine la raza completa... Cadena perpetua, y ahora cinco años después estoy aquí... Para morir.

–Eres un idiota.

–¿Es tu frase favorita? Ya te conté lo mío ¿tú que hiciste?

Se sintió incómoda.

–Vamos, no puede ser peor que lo que yo hice.

–De acuerdo –Ofelia respiró hondo–. Me enamoré.

–Ja, ja –rió Pedro–. ¿Eso es todo?

–Me enamoré de un traficante de drogas. Utilicé todas mis influencias para llevar sus cargamentos a diferentes planetas,

arruiné cientos de planetas, protegí criminales, maté soldados leales, soborné funcionarios... Pero cuando me detuvieron, el maldito no metió una mano por mí... Fui una tonta... Suficiente para cadena perpetua... Llevaba tres años en el módulo Eternidad, espero que lo hayan atrapado.

Pedro se quedó mudo.

–...eso...fue horrible –fue lo único que pudo decir, de pronto ya no le parecía tan deseable acostarse con ella.

–¿Ahora te doy asco? –dijo ella irónica–. Tú también me das asco.

–Ahhh... –el susurro de Esteban.

Se escuchó una carcajada, seguida por una risa. Pedro y Ofelia miraron sorprendidos a Esteban.

–Par de idiotas. Es demasiado fácil ser el peor.

–¿Qué tienes que decir, comandante? –preguntó Pedro molesto.

–Sí, habla de una vez –Ofelia tenía curiosidad, parecía que Esteban salía de su mutismo, de pronto mostraba un gesto desafiante.

–Mi historia les parecerá difícil de creer...



# 8

–El planeta Farsifex-9 –comenzó Esteban–, a unos cuarenta años luz de este podrido planeta, Una colonia reciente con menos de cien años de existencia, con todas las oportunidades para empezar limpiamente.

»Tuve mucha suerte de lograr un lugar en ese planeta, fue porque conduje una armada completa al sistema Caronte para luchar contra la invasión de carnívoros telépatas, de milagro sobreviví, los derroté y regresé con honores, era mi deber, fue la campaña más horrorosa, había corrupción en todos los cuerpos, tuvimos suerte de vencer con aquellas armas de pacotilla que nos dieron.

»Ni siquiera había suministros para los médicos, muchos heridos murieron con los intestinos putrefactos, tuvimos infiltraciones de los malditos monstruos, por poco y sorben mi cerebro.

»Cuando volví, hice un informe completo ante el general Beta, por supuesto que me quejé de los problemas del ejercito.

»–¿Por qué no olvidamos ese informe? –me preguntó el general Beta sentado en aquella silla con su enorme cuerpo desparramado, imposible de ocultar las grandes masas de grasa bajo el uniforme, era desagradable su bofa cabeza y su enorme papada, sin embargo yo lo respetaba.

»–¿Olvidarlo, señor? –contesté extrañado.

»–Me cae bien, comandante Esteban –¡yo le caía bien!–, todos los informes están autenticados, todo el mundo sabrá quien puso las quejas... No podré protegerlo.

»El corazón se me cayó a los pies, la putrefacción de los principios ya había llegado al alto mando. Con toda seguridad notó mi desazón, en esos días los generales eran más hábiles políticos que estrategas.

»—Todos sabemos lo que pasa, comandante Esteban —dijo con su pausada voz afeminada—. Yo también sé de los problemas que aquejan al ejercito... No es un buen lugar para usted... ¿ha oído hablar de Farsifex-9?

»Menee la cabeza negativamente.

»—Es una colonia fundada recientemente, 87 años de existencia, es de hecho un protectorado bajo mi control, donde tengo tolerancia cero con los vicios del ejército... Un paraíso si lo comparamos con nuestro pobre planeta Tierra.

»—No entiendo, señor —dije.

»—Usted encaja muy bien ahí, ¿qué edad tiene?

»—Veinticinco años.

»—Y se retira en tres meses, ¿no es así?

»—Cierto —hasta entonces no había pensado en el retiro, parecía tan lejano.

»—Adelantaré su retiro y marchará inmediatamente a Farsifex-9, ¿o prefiere seguir aquí en la suciedad?, la siguiente misión es en Xemter, parece que hay unos enormes bichos con preferencia por los testículos de los colonizadores.

»No lo dudé un momento más.

»—Acepto el retiro adelantado.

»Así fue que me mandaron a Farsifex-9, con una bonita suma de dinero y un trabajo tranquilo como enlace escolta, recibir naves, verificar el manifiesto y sellarlo. Conocí a Beatriz, una agradable comandante encargada de la autopista, me casé con ella y tuvimos un hijo.

»¿Qué más podía esperar?, mi vida había salido a pedir de boca, con franqueza no extrañaba las guerras intergalácticas.

Desafortunadamente el general Beta tenía enemigos que no veían con buenos ojos un planeta que no cooperaba con la corrupción imperante.

»Lo obligaron a aceptar la instalación de una base militar de experimentos ultrasecretos y esto fue nuestra ruina.

»Un día sonó la alarma de evacuación, me hallaba en el astropuerto certificando un cargamento, lo abandoné todo y corrí en busca de mi esposa y mi hijo, una horda de monstruos se había escapado de la base militar, eran enormes, debían medir casi dos metros y medio de estatura, garras y colmillos afilados, y eran veloces como demonios.

»La mayoría de los civiles fueron devorados en pocos minutos, la armadura me protegió y abatí varios con el rifle de plasma, aún así llegué demasiado tarde... mi esposa y mi hijo estaban muertos.

»Sentí una ciega ira y desesperación, no podía hacer nada, solo me quedaba salvar mi vida, emprendí el camino de vuelta al astropuerto y tuve suficiente suerte de llegar, me topé con el general Delta.

»Comandante Esteban, me da gusto verlo –saludó, a mí me sorprendió no saber antes de su presencia.

»Igualmente, general –dije al tiempo que saludaba–, debemos huir cuanto antes.

»Negativo, tenemos que volar la ciudad, hay que contener al enemigo. ¿Puedo contar con usted para dirigir un comando?

»Sí, general –la disciplina, siempre la maldita disciplina.

»Así pues me vi de nuevo en la guerra, comandando doce soldados hasta el corazón de la ciudad, activamos la autodestrucción, en el regreso perdí a todos los hombres, el enemigo era demasiado numeroso y brutal.

»Subí a la nave del general Delta y salimos del planeta. El estallido pudo verse a mucha distancia. Golpee rabioso el ventanal

de energía, dolido de haber perdido a mi esposa e hijo. Entonces llegó un grupo de soldados y me esposaron.

»—Comandante Esteban, queda detenido por el cargo de genocidio masivo.

Esteban calló.

—Te engañaron por completo —observó Pedro—, pero creo más bien que estás tratando de ganarnos, muy buen cuento.

Ofelia puso una mano compasiva en el hombro a Esteban.

—¿Y después qué pasó?... ¡Rayos!, se ha quedado tonto otra vez.

Esteban nuevamente miraba sin ver delante suyo.

—Me gustan las chicas guapas... —canturreaba.

# 9

La habían encontrado, y estaban muy contentos por ello. Tres días de búsqueda. Era una bodega repleta de suministros. Luis, Tomás y Gonzalo chocaron las manos.

–Muy bien, compañeros –dijo Gonzalo–, no debemos decir nada. Miguel y Juana son capaces de comerse todo. Nosotros lo racionaremos, podemos «encontrar» cosas de vez en cuando.

–Pasta de atún, pollo y carne –Tomás miraba los anaqueles.

–Botellas de agua –Luis sonreía–, leche y refrescos.

Gonzalo miraba las paredes.

–Esto parece tetratitanio, resistiría cualquier cosa, también puede ser un buen refugio en caso de peligro.

–¡Hay suministros de primeros auxilios! –informó Tomás.

–Bien, ya no tendremos problemas con raspones de los dedos... que difícilmente podrían ocurrir con estas armaduras puestas... Tomemos algunas cosas y volvamos con el idiota de Miguel.

Cogieron lo más apropiado para sus gustos, y se dispusieron a salir.

–Luis –llamó Gonzalo–, asegura bien la puerta y ocúltala, no queremos que alguien la vaya a encontrar.

Movieron ramas muertas y escombros para tapar la entrada subterránea, después volvieron a la ciudad, al refugio donde pernoctaban junto con Miguel y Juana.

Miguel y Juana estaban aburridos, tras dos semanas de sexo casi continuo, no tenían mucho que hacer. De modo que fue una gran novedad para ellos que se hubieran encontrado suministros.



–¡Momento! –detuvo Miguel–, como comandante de este grupo, he decidido que los suministros deben ser repartidos equitativamente, para que todos tengan lo necesario, obviamente el comandante y su segunda al mando deben tener una ración extra, pues sus mentes deben ser las más claras de todas.

Luis, Tomás y Gonzalo tuvieron una mirada de complicidad, y sacaron solo una parte de lo que traían. Miguel y Juana seleccionaron lo mejor para ellos y les dejaron unas pocas cosas a los otros.

Comieron lo que habían traído, eso les tranquilizó los nervios a todos.

–¿Creen que puedan encontrar más? –preguntó Miguel, con la enorme esperanza de asegurar su vida gratis.

–Esperamos que sí –contestó Gonzalo.

–Es un gran alivio.

–Comandante, ¿no deberíamos hacer alguna otra cosa? –preguntó Luis.

–¿Cómo qué? –Miguel estaba aturdido, no se le había ocurrido que pudieran hacer otra cosa.

–Podríamos enviar a dos de nosotros a explorar en busca de sobrevivientes.

La mente de Miguel estaba próxima a un total colapso debido al exceso de trabajo para pensar.

–Hummm.

–Nosotros nos anotamos –dijeron Gonzalo y Tomás

–Hummm... ¿y cuál es... su plan?

–Tenemos un mapa –Tomás mostró una hoja plástica chamuscada que había salvado de debajo de los escombros–, hay tres ciudades cercanas en un radio de 100 kilómetros.

–Creo que no encontrarán sobrevivientes, y si hubiera otros soldados ya los hubieramos visto... Pero como el buen comandante que soy, les doy permiso.

–Muchas gracias comandante –contestaron Gonzalo y Tomás–. Nos pondremos en marcha mañana por la mañana.

–Me parece muy adecuado.

A la mañana siguiente, Luis acompañó a Gonzalo y a Tomás hasta las afueras de la ciudad.

–¿Creen poder encontrar una astronave? –preguntó Luis.

–Así es chiquillo –contestó Gonzalo–, debe haber alguna almacenada, con suerte tendrá combustible y nuestro boleto de salida de este patético lugar.

–Cuida esa bodega –ordenó Tomás–, esos suministros valen oro.

–Claro que sí.

Gonzalo y Tomás se pusieron en marcha.



# 10

Llevaba un buen tiempo acechando, podía sentir que había dos grupos, uno de tres elementos y otro de cinco, estaban muy alejados, seguramente no podían sentirse, lo cual era raro, antes corrían para reunirse.

Dos de un grupo se mantenían acoplados casi todo el tiempo, había estado a punto de atacar cuando llegaron los otros tres, se contuvo nuevamente y esperó. Ahora dos marchaban por separado, en una ruta diferente. Le divertía la estupidez con que se conducían, no tenían el sentido de la manada, estar juntos para ser fuertes.

El hambre comenzaba a hacerse presente, sus entrañas estaban llenas de jugos gástricos, la saliva goteaba ante la proximidad del alimento, muy dentro sabía que debía tener paciencia, lo mejor era atraparlos solos, se lo decía su instinto y lo había comprobado con la experiencia.

Permanecía quieto escuchando, los ruidos se escuchaban muy bajos cuando se comunicaban estos seres de caparazón, aunque no entendía lo que decían, sentía que estaban inquietos pero no tenían miedo de él, ni siquiera imaginaban que existía, su instinto le decía que tenía una gran ventaja sobre ellos.

Para calmar el hambre, con una garra clavó silenciosamente una cucaracha que paseaba descuidada, el animal se retorció cuando se lo introdujo en la fauces, crujía, el sabor era bastante malo, nada comparado con aquellos que próximamente podría saborear.

Había rodeado algo de ese metal duro, los había escuchado dentro, imposible entrar, pero si por casualidad intentaran

resguardarse ahí, sería fácil forzar la entrada y dentro estarían todos, succulentos, lo había hecho muchas veces.

Se deslizó silenciosa y rápidamente por los túneles, en poco tiempo se hallaba a gran distancia, la tierra resbalaba en sus escamas plateadas, luego llegó a aquel túnel preexistente y salió a aquella gran cueva, le agradaba aquel enorme tubo cónico, por alguna razón atraía muchos seres sabrosos, todos habían terminado en sus hambrientos intestinos.

Ahora las cáscaras reposaban en un gran montón, confundidas con los huesos mordisqueados. Ya no llegaban más seres. Decidió ir a otro lugar siguiendo los túneles, era inmenso, lleno de muchas cosas que desconocía, de cuando en cuando encontraba alimento ahí. Le recordaba un poco la cueva donde había nacido, entonces había luces brillantes, los seres trataban de darle órdenes, y se había negado a obedecerlas.

Recordó el dolor, los palos picantes con que lo habían domeñado, había muchos como él, un día hablaron entre ellos, decidieron que ya había sido suficiente, que tenían que salir de ahí.

Rompieron sus jaulas y trataron de huir, forzaron las puertas, los seres quisieron detenerlos, y lo estaban logrando, ante el terror de la muerte, usó sus garras en una pared y escapó, muchos de los suyos escaparon, entonces todo fue más fácil, la comida abundaba, se reprodujeron.

Pero llegaron las luces brillantes, el brillo traía aquel calor maligno y la muerte. Sintió dolor ante su soledad y aulló.

Ofelia se despertó sobresaltada, le parecía haber escuchado un aullido. Noto que Pedro miraba a lo lejos, tratando de penetrar la insondable oscuridad de la noche con la disminuida lámpara de su casco.

—¿Oíste eso? —preguntó Ofelia en un susurro.

—Sí, lo oí —respondió Pedro—. Fue un sonido muy desagradable, los instrumentos dicen que venía de por allá, lejos, de otra ciudad. Por lo menos no fue nuestra imaginación.

–Es donde iremos mañana.

–Lo sé. Sea lo que sea se escuchó peligroso. Desde que llegamos hay veces en que creo que no estamos solos, que hay algo que nos rodea, algo enorme y maligno.

–Yo también lo he sentido, es algo extraño, a veces mientras duermo tengo la sensación de que algo se mueve cerca... Pero los instrumentos de la armadura no dicen nada.

–¿Crees que estén fallando los instrumentos?

–Quisiera poder estar segura de algo.

Ofelia miró a Esteban, dormía tranquilo.

–Nos ayudaría mucho si se hallara en sus cinco sentidos.

–Lo sé. Parece que vive en una nube.

–Me gustaría poder ayudarlo.



# 11

Gonzalo y Tomás reposaban en un páramo, cuando sus sistemas se activaron con un ruido lejano.

–¿Qué fue eso? –preguntó Gonzalo.

Tomás manipulaba los datos de su casco con la mirada.

–Fue un algo muy alejado, apenas se captó contra el ruido de fondo, parecía un... aullido.

–¿Un aullido? ¿un coyote?

–Me temo que no, las frecuencias no concuerdan, y ningún coyote podría oírse tan lejos.

Escucharon el silencio que los rodeaba, solo interrumpido en ocasiones por una brisa, la noche se hacía amenazante. Sus sentidos se agudizaban hasta casi captar ruidos fantasmales, pero no, en realidad no había nada ¿o tal vez sí? Dentro de ellos crecía un vago terror que trataban de calmar.

–Creo que debemos ponernos en marcha –dijo Gonzalo–. Me sentiré más seguro en la ciudad.

Se levantaron y comenzaron a andar con las linternas de los cascos encendidas, un panorama extraterrestre, solo tierra ante sus pies.

–¿Crees que encontremos el cohete? –inquirió Tomás algo inquieto, mirando a su alrededor.

–Más nos vale, este planeta esta muerto.

–Sin los retransmisores no podemos estar seguros.

–Cierto, pero ¿acaso has visto algún retransmisor?

–No.



–Los bombardeos los destruyeron y no hemos hallado ningún centro de comando.

–Los ocultaban muy bien.

–Demasiado, afortunadamente por este mapa sabemos que había un astropuerto subterráneo primitivo, usaba cohetes.

–Tendremos suerte si nadie usó ese cohete.

Gonzalo se detuvo y encaró a Tomás.

–Bueno, ¡carajo!, detengámonos y volvamos, ¿es lo que quieres?

–Lo siento, no quise ser pesimista.

–Siempre has sido un estúpido Tomás, ahora no me quites cojones y vamos a esa ciudad a buscar el maldito astropuerto. ¡Y estoy completamente seguro de que va a tener un puto cohete en su interior!

El resto del camino lo hicieron en silencio y amanecía cuando llegaron a la ciudad, o lo que quedaba de ella, escombros desperdigados, montañas enormes de fragmentos de concreto.

–Lo que daría por ver el puto sol –dijo Gonzalo irritado y extendió la mano–. Dame el mapa.

Tomás le dio el fragmento quemado del mapa. Gonzalo lo miró y lo giró en varias direcciones.

–No concuerda con lo que veo, claro que si estuviera completo... pero no lo está... tendremos que explorar.

Comenzaron la exploración de la ciudad, era bastante mayor a todas las que habían visitado hasta el momento. Los escombros que estaban en todas partes dificultaban sobremanera poder seguir el mapa.

Gonzalo y Tomás tuvieron que escalar una pila particularmente grande de escombros y al llegar al tope de la colina de escombros tuvieron una vista espectacular de la destrucción.

Un enorme crater se extendía limpiamente hasta donde alcanzaba la vista, parecía completamente llano, en realidad era solo el aspecto de la arena, en las orillas estaban acumulados los escombros impulsados por la fuerza de la explosión.

–¡Ultra chingada madre! –gritó Gonzalo amenazando con un puño–. Si el astropuerto estaba aquí estamos fregados.

Estaba completamente exasperado, mientras Tomás observaba asombrado.

–Esta destrucción solamente la había visto en los videos de instrucción.

–Guárdate tus comentarios, estamos buscando el astropuerto. Rodearemos el crater, checaremos el mapa, estoy seguro de que no lo pusieron en el centro de la ciudad, por el intenso movimiento de naves sería estorbo. Vamos.

–Nos tomará... una semana –estimó Tomás–. Es enorme.

Gonzalo se volteó y lo miró de frente.

–Dije, di-je, DI-JE, ¡GUARDATE TUS PUTOS COMENTARIOS!

Tomás se calló y comenzaron a rodear el crater.



# 12

Ofelia, Pedro y Esteban seguían una carretera llena de baches, que atravesaba un llano desértico que era el aspecto mismo de la desolación. Era casi la mitad del día y parecía no tener final.

–¿Aún existirá el mar? –preguntó Ofelia, que más que una pregunta era un deseo ardiente.

–Es posible –contestó Pedro.

–Daría cualquier cosa por nadar junto a la playa.

–¿Cualquier cosa? –inquirió Pedro con un repentino tono interesado.

–Oh, cállate.

Siguieron avanzando.

–¡Mira esto! –llamó Ofelia, poniéndose en cuclillas a la orilla de la carretera.

Pedro se acercó y pudo ver un solitario diente de león, que levantaba tímido de la tierra. Esteban canturreaba débilmente.

–La vida siempre encuentra su camino –dijo Pedro, sintiendo una vena poética que no había notado antes.

–Eso no, imbécil, allá a lo lejos distingo una estructura que me parece muy familiar –Ofelia señaló.

Pedro observó con más cuidado y activó el radar de estructura, una sonrisa emergió en su rostro.

–¡Parece una base!

–Exacto.

–¡Vamos!

Abandonaron la carretera, seguidos por Esteban que continuaba su monótona canción. El edificio completo estaba derrumbado, se sintieron afortunados al hallar un pasillo de vehículos que se hundía bajo tierra y conducía a una ancha puerta que estaba forzada.

–Que extraño –observó Ofelia–, no son explosivos, parece que la abrieron con cuchillas y por fuera.

–Más vale que tengamos cuidado –indicó Pedro.

Prepararon sus rifles y entraron en un estacionamiento de vehículos, que parecía haber sido un campo de batalla, algunos vehículos destrozados, sangre seca en las paredes, huesos y cráneos en el piso.

–Mira esto –señaló Pedro, una armadura de soldado yacía rota en el piso, como si hubiera sido rajada, el interior salpicado de sangre –Lo abrieron como una lata.

–Esto es muy reciente –Ofelia estaba aterrada–, un mes cuando mucho, ¿qué clase de enfermo hizo esto?

–No lo sé, temo que aún pueda estar por aquí.

Siguieron otra puerta destrozada hasta las barracas.

–¡Dios mío! –gritó Ofelia.

Montones de armaduras destrozadas manchadas de sangre seca reposaban en una orilla de la inmensa sala, del otro lado estaban apilados los huesos donde aún pacían las moscas y los gusanos.

Hizo lo que nunca hubiera esperado, abrió su casco y vomitó en el piso.

–Pensé que eras más dura –dijo Pedro, mirando alrededor en busca de enemigos al acecho, con el arma lista.

Ofelia captó el olor de la putrefacción y sufrió otra arcada, cuando terminó se veía muy pálida. Pedro se interesó en un rincón de la barraca.

–Sea lo que sea, se fue por este túnel –iluminó–. No lo seguiría ni aunque me pagaran.

–Busquemos el centro de control –sugirió Ofelia, poniéndose el casco–. ¿Dónde está Esteban?

No se hallaba con ellos. Pedro echó un vistazo a las barracas.

–Maldición, no me di cuenta cuando se marchó.

–Yo lo buscaré en el estacionamiento –ofreció Ofelia y se dispuso a ir, pero Pedro la detuvo con una mano, observando suspicaz cada esquina.

–Lo siento chiquita, pero debemos mantenernos juntos, es más seguro.

–¿Desde cuando me dices chiquita?

–Desde que vomitaste –contestó Pedro distraído y señaló otra puerta destrozada–. Vamos por ahí.

Juntos traspusieron la puerta, cuidándose las espaldas, se hallaban en un largo pasillo, el agua recorría el techo y formaba goteras y charcos a intervalos, las luces parpadeaban. Vieron dos intersecciones, prefirieron seguir el pasillo, finalmente alcanzaron una gran puerta sellada de tetrafito, y frente a ella estaba parado Esteban.

–Carajo, ¡Esteban! –llamó Ofelia acercándose–. Me asustaste de verdad.

Esteban canturreaba observando la puerta y no se apercibió de Ofelia. Pedro miró los controles de la puerta, tenían energía y esperaban una huella digital para abrir el portón, Pedro vio tirada en la base del control una mano cortada en proceso de descomposición.

–Vaya, es listo –observó–, también debió haber entrado aquí. Lástima que ya no sirva esta mano.

Pedro se quitó el guante de la armadura y puso su mano en el reconocedor, que brilló con una luz roja.

–Reconocido. Oficial Pedro, proyecto Eternidad.

Una luz amarilla y roja se iluminó y el inmenso portón comenzó a abrirse. Pedro y Ofelia se prepararon para luchar con lo que pudiera ser que estuviera adentro.

# 13

A Luis le caía bien Juana, a pesar de que la chica no era muy inteligente, era bastante simpática y guapa. Desafortunadamente para Luis, Juana le era fiel a Miguel, no obstante Luis creía que si le hacía algunos regalillos, podía inclinar la balanza a su favor.

Así que comenzó por darle algunas latas de comida de su colección privada, y ella se lo agradecía, pero no como él quería. De hecho, ella compartía toda su comida con Miguel.

–Mira lo que tengo –le dijo Luis una vez–, una batería para retransmisora.

–¿Y eso para que sirve? –preguntó ella.

–Se enchufa a un módulo de retransmisión y podremos saber si hay alguien más en este planeta.

–¿Más personas?, estaría bien saber eso, y ¿dónde está el módulo?

–No he encontrado ninguno.

–¡Qué mal!

Miguel se acercó a ellos suspicaz y algo celoso.

–¿De qué están hablando?

–Luis me enseñó una batería para retransmisora –dijo Juana, y Luis se sonrojó de pies a cabeza al ver descubierto su secreto.

–De nada sirve –dijo Miguel muy seguro de sus palabras–, no hay nadie más en este planeta. Soldado Luis deje de estar perdiendo el tiempo. Juana, ven conmigo, tenemos que hacer... platicar algunas cosas a solas.



Juana se fue muy contenta, llevándose la batería. Luis enfurruñado, decidió ir a ver la bodega, estaba enfadado consigo mismo por haber perdido la batería como un tonto.

En alguna cámara subterránea, oyó el ruido que hacía la gigantesca puerta al abrirse, aquella puerta que no había podido romper, todo protegido, pero tenían hambre y tuvieron que salir, los vigiló y vio como entraban, ponían su extremidad en aquella luz, fue fácil atrapar uno, cortarle la extremidad y usarla para entrar.

Se regodeó recordando ¡ese había sido un festín! Por el ruido sabía que ahora eran tres, pronto saldrían de uno de uno, era cuestión de esperar. Sintió un movimiento lejano, sonaba a unos pasos solitarios.

Tomó impulso y se deslizó con rapidez por los túneles, temblando de emoción, el momento llegaba, al aproximarse pudo sentir con placer el andar solitario de uno de aquellos seres.

Lo siguió un momento para confirmarlo ¡estaba solo! El momento había llegado, se estiró para desperezar sus músculos, no era necesario, quería que el ataque fuera fulminante sin oportunidad de que llamara a nadie, reptó por el túnel más adecuado.

Luis llegó a la ubicación de la bodega y todo seguía normal, sin cambios, nadie había pasado por ahí y el camuflaje de la entrada estaba seguro. No era necesario sacar más suministros, se sentó en una piedra, pensando en que estarían haciendo Gonzalo y Tomás, habría preferido ir con ellos y estar explorando en vez de sufrir al aburrido de Miguel y platicar con la tonta de Juana, aunque bien valía la pena verla.

Si encontraban la astronave podrían salir de ahí, volverían a la piratería espacial, sonrió recordando incontables astronaves asaltadas, recibiendo rescates por guapas pasajeras. Piratas con principios, que buena puntada de Gonzalo, solo eso los distinguía de otros grupos de piratas que eran simplemente asesinos.

Robando a los ricos, para ayudar a sus propias y honorables personas simplemente para divertirse. Con el primer botín se iría

al planeta de las putas, escogería la más guapa y se divertiría con ella toda la semana.

¿Por qué no llevarse a Juana con ellos?, le había contado su historia, la habían encerrado por traficar neodimio a alienígenas enemigos, pero no, era imposible, Juana estaba loca por Miguel. Que desperdicio de mujer. Una mujer guapa, tonta y fiel, era raro encontrar una combinación así. No era que no le apasionaran las mujeres inteligentes, pero en su mayoría ellas estaban en desacuerdo con su política de cambio continuo de parejas, el no a los niños, viajes interminables, y claro, su particular desapego a la ley.

¿Qué había sido eso?, le pareció que algo reptaba, un ruido cercano, el casco lo grabó, algo se había movido muy cerca, aún así no había detección de movimiento, miró arriba y abajo, nada, le pareció que el suelo vibraba, sintió miedo y tomó su arma.

Retrocedió hacia la bodega, pero no alcanzó a llegar, algo brincó de las profundidades de la Tierra, Luis disparó una, dos veces, sin resultado. Cuando el polvo se disipó, vio el inmenso animal que caía sobre él, con garras afiladas y el rostro infernal.

—¡Oh por Dios! —alcanzó a gritar, antes de que las garras atravesaran su cuello, sorprendido de que su armadura se hubiera abierto como mantequilla, tuvo una fugaz sensación de que se ahogaba en su propia sangre, esto desapareció rápido y se sumergió en una horrenda obscuridad cuando otra garra lo partió de arriba a abajo.



# 14

Era la sala de control de la base, todo estaba encendido, las enormes pantallas esperando instrucciones, y la sangre esparcida por todas partes. Los huesos y las armaduras.

–Estuvieron seguros aquí –pensó Pedro en voz alta–, hasta que tuvieron que salir, sea lo que sea los estuvo acechando y utilizó la mano de uno de ellos para entrar. Macabro. Me temo que nuestras armaduras no nos pueden proteger. Será mejor que salgamos de aquí cuanto antes.

–No hasta que utilice las computadoras –dijo Ofelia, poniéndose en una silla que había escapado a las salpicaduras.

Manipulando hábilmente el teclado, Ofelia comenzó a hacer preguntas a la computadora central.

–¿Qué es el proyecto Eternidad? –dijo mientras escribía.

–El proyecto Eternidad –contestó la voz sintética–, es un esquema diseñado para defender a la Tierra utilizando condenados a cadena perpetua, exclusivamente soldados de alta efectividad.

La enorme pantalla mostró una imagen tridimensional de la cápsula con todo su equipamiento y su tripulante, marcando cada una de las piezas.

–La hibernación perfeccionada mantiene la juventud y fortaleza de los músculos. En el momento de requerir su uso, los condenados son despertados de la hibernación para ser equipados, la cápsula cae.

Una animación mostró la reentrada de la cápsula.

–De acuerdo al número de cápsula es como se escoge su ubicación final, los módulos 1-49 caen en el territorio norte, los módulos 50-99 caen en el territorio sur.

–Tiene que haber más como nosotros –murmuró Ofelia.

–¿Puedes localizarlos? –preguntó Pedro.

–Dame localización de los módulos –escribió ella–, descarga en mi casco.

–La mayoría de los módulos fallaron en órbita –respondió la computadora–, por defectos en el blindaje, una parte estalló y otra se estrelló antes de tiempo, el diseñador no tomó en cuenta la gran cantidad de basura espacial, únicamente los módulos 5, 13, 21, 47, 76, 84, 95, 96 y 97 estaban en buen estado antes de la orden de activación.

Cada módulo mostró una foto de su ocupante, rango e historial.

–Vaya, Esteban si es comandante –rió Pedro con interés–, y realmente si lo encarcelaron por genocidio masivo, muy buenos resultados de entrenamiento, casi tan bueno como yo. Veintisiete años guardado.

–Recientemente se detectó una falla más –continuó la computadora–. Los sueños recurrentes no fueron suficientes para mantener en forma el cerebro, faltaba un elemento en la alimentación, cualquier módulo con ocupante por más de 30 años tendrá daño cerebral, más de 25 años requiere el compuesto A340.

–¿Compuesto A340? –preguntó Ofelia a la computadora.

–El compuesto A340 es un derivado nanotecnológico que repara los caminos neuronales dañados, recupera funciones cerebrales en personas sujetas al proceso 32 de hibernación por más de 25 años o menos de 30.

–Dame el compuesto A340.

La computadora tardó un rato en responder.

–Existencias de compuesto A340: una ampolleta, ubicada en bodegas. Descargando datos de aplicación en su casco.

Mostró un mapa de las instalaciones.

–Eso sería bueno para Esteban –murmuró Pedro.

–Hay otros seis soldados –dijo Ofelia–, podemos encontrarlos. Computadora ¿por qué nos llamaron?

–El general Omega decidió la activación, motivo: brote biológico. Descargando información a su casco.

–Ahhhh –dijo Esteban al ver la foto de Omega–. General Omega, usted me despertó.

–Localización de retransmisoras –pidió Ofelia a la computadora–, también dame ubicación de puestos.

–La mayoría de las retransmisoras fueron destruidas por el contraataque nuclear, las siguientes funcionaron algún tiempo.

La pantalla mostró las ubicaciones de las retransmisoras.

–Descarga a mi casco –ordenó Ofelia, los datos aparecieron en su casco.

–El último puesto activo transmitió hace dos meses.

–Ojala haya gente viva –dijo finalmente Ofelia–. Vamos a la bodega por esos suministros y el compuesto.